

## **Grupo de Trabajo 2.1. Fuerzas Armadas y Sociedad**

**Título de la comunicación:** Terrorismo internacional y nuevo orden mundial tras el 11-S. Una valoración de los tres últimos lustros

**Autor:** Diego Iturriaga Barco (Universidad Internacional de La Rioja – *Visiting Fellow* at LSE)

**e-mail:** diego.iturriaga@unir.net

**Resumen:** El 11 de septiembre de 2001 marca el comienzo histórico del siglo XXI para Occidente. Las imágenes son de sobra conocidas y ya conforman parte del bagaje visual de la humanidad. Pocos acontecimientos de la historia contemporánea pueden ser comparables a lo ocurrido en EE.UU. Aquel “día de la infamia” como lo denominaron los medios estadounidenses, haciéndose a su vez eco los europeos, ya es un día que forma parte de nuestro presente y cuya peculiaridad e importancia se basa más que en lo sucedido en “aquel presente” (el día concreto), en las repercusiones que a posteriori tuvieron dichos atentados terroristas.

Repercusiones en lo político, en lo social, en lo económico y en lo militar. ¿Cómo si no podemos entender los conflictos y guerras en Afganistán o Irak? ¿Hacia cuanto tiempo que la ciudadanía occidental no salía de una forma tan masiva a protestar a la calle como se hizo en las fechas previas a la invasión ilegal de Irak? ¿Hasta dónde ha calado ese “estado de terror” en la ciudadanía?

**Palabras clave:** terrorismo, 11-S, nuevo orden mundial

**Nota biográfica del autor:** Diego Iturriaga Barco es licenciado en Humanidades y doctor en Historia Ciencias Humanas y Sociales por la Universidad de La Rioja. Ha ampliado sus estudios en la Universidad Complutense de Madrid, Universidad Autónoma de Barcelona y en la London School of Economics and Political Science (donde actualmente es *Visiting Fellow*). En la actualidad es profesor de la Universidad Internacional de La Rioja y responsable de Editorial Siníndice y Ediciones Endymion.

## Introducción

Hoy, en el año 2015, la paz mundial parece mucho más factible que en el siglo XX, un siglo marcado por dos guerras mundiales, por una cifra récord de muertos y por los muchos inventos creados para matar y hacer morir a gran escala. Sin embargo, la percepción por parte de la ciudadanía es la contraria ya que según un estudio reciente llevado a cabo en Gran Bretaña y que comparaba las respuestas de los británicos a principios del siglo XXI respecto a las que dieron a las mismas preguntas en 1954, se aprecia un mayor miedo a una guerra mundial hoy. Un miedo que responde a un hecho clarividente como es que vivimos en una época marcada por conflictos armados mundiales endémicos, guerras intraestatales que se ven agrandadas por la participación extranjera.

Desde la última década del siglo XX el mundo se ha visto sumido en una era de genocidios y de traslados de población masivos y forzados, concentrados espacialmente en África, Asia y el sureste europeo. La cifra de desplazados y refugiados en el año 2014 ascendía a 59,5 millones de personas, números que superan los contingentes poblacionales desplazados tras la Segunda Guerra Mundial<sup>1</sup>. Hoy podemos hablar de guerras pequeñas que sin embargo provocan catástrofes sin parangón. Siguiendo un ejemplo propuesto por Eric Hobsbawm “en 2000, el número de muertos en combate en Birmania se situaba entre las doscientas y las quinientas personas; la cifra de “desplazados internos”, fundamentalmente por obra del ejército de Myanmar, rondaba el millón”<sup>2</sup>. Y la guerra de Irak no hace sino confirmar estas características.

Parece que en este siglo la guerra típica del siglo XX, la guerra entre estados, ha perdido peso<sup>3</sup>. No nos enfrentamos ante ninguna amenaza real aunque la percepción del riesgo de una gran guerra global no ha desaparecido, quizás en parte motivada por la reticencia de Estados Unidos a aceptar la aparición de China como rival. Desgraciadamente y a pesar de la progresiva desaparición de las guerras tradicionales entre estados, pocos son los observadores realistas que auguran que este siglo XXI vivirá de espaldas a la presencia de las armas y a determinados brotes de violencia. Por nuestra parte no nos cabe sino combatir desde la palabra las retóricas del miedo y del terror instauradas por potencias occidentales como Estados Unidos. No podemos hablar de “guerra contra el terror o terrorismo” sino contra un agente político determinado que recurre a una táctica, no a un programa. Por eso las soluciones no pueden ser las manejadas hasta ahora ya que a nuevos problemas deben buscarse nuevas soluciones.

El terror, del que hablaremos en estas páginas, es una táctica indiscriminada e inaceptable, venga de la mano de grupos clandestinos o de estados legales. Igualmente ha crecido el miedo a que grupos terroristas puedan optar por la guerra biológica, a pesar de que no encontremos en la historia reciente ningún motivo o hecho para preocuparnos por tal posibilidad. Hay que decir bien claro que el peligro real que para la estabilidad mundial o para cualquier estado consolidado suponen las actividades terroristas a las que se les ha declarado la guerra global es residual, totalmente secundario. Desde un punto de vista estadístico su importancia es mínima en términos de agresión militar y su riesgo es inapreciable. A menos que estos grupos terroristas se hagan con armas nucleares, el terrorismo no debería provocar la histeria sino algo muy diferente como es un proceso de reflexión.

Pero no hemos de olvidar que la coyuntura actual no es sencilla considerando como una realidad el caos mundial, siendo previsible afirmar que asistimos al comienzo de un siglo que puede venir marcado por grandes conflictos armados y calamidades humanas. “¿Es posible hoy volver a una suerte de control global, como sucedió, a excepción de un período de treinta años, durante los 175 años que transcurrieron desde la batalla de Waterloo hasta la caída de la URSS?”<sup>4</sup>, se preguntaba Eric Hobsbawm. A esta pregunta intentaremos dar respuesta o plantear elementos para el debate a lo largo de estas páginas.

## El 11-S o la combinación de lo local y lo global

Que el 11 de septiembre de 2001 puede ser definido, siguiendo la terminología de Pierre Nora<sup>5</sup>, como un “acontecimiento-monstruo”, es algo que nadie se atreve a poner en duda. Un acontecimiento con unas características particulares como pueden ser su repercusión a escala global y cuyo contenido se traduce en unas consecuencias indeterminadas en el mismo momento en que se produce. Podemos hablar de otros “acontecimientos-monstruo” como el desmantelamiento de la Unión Soviética o la caída del muro de Berlín, acontecimientos que han pasado ya a formar parte de nuestro imaginario colectivo. Todos recordamos lo que estábamos haciendo aquel once de septiembre<sup>6</sup> cuando aproximadamente a las nueve de la mañana en Estados Unidos dos aviones se empotraban contra las Torres Gemelas del *World Trade Center* de Manhattan. Fue un acontecimiento que vivimos en directo a través de nuestras televisiones y de otros medios como Internet, algo que nos permitió conocer el desarrollo de los hechos (que se sucedieron en Nueva York, Washington y Pennsylvania...) casi en el mismo momento en el que se estaban produciendo.

Actualmente y desde un punto de vista histórico e historiográfico se sigue debatiendo la importancia de estos acontecimientos locales en el devenir de la Historia de nuestro planeta. ¿Fue tan importante como para marcar un punto de inflexión que ponga fin a una época y sea el comienzo de otra nueva? ¿Podría ser el 11 de septiembre un acontecimiento definidor de un nuevo periodo histórico que enlazaría de alguna forma con el fin de lo que hemos venido llamando hasta ahora Edad Contemporánea y que pudo tener su fin en 1989-1991 con el desmantelamiento del sistema de bloques? Sin lugar a dudas, no son preguntas de fácil

respuesta, por la complejidad de las mismas pero igualmente por el escaso periodo de tiempo transcurrido entre los hechos que comentamos y nuestro presente temporal<sup>7</sup>.

Quienes no apoyan la tesis del 11-S como un nuevo hito histórico suelen escudarse en la “escasa” cantidad de víctimas que se produjeron aquel 11 de septiembre en EEUU. Hablamos de menos de tres mil muertos, la misma cantidad de niños que mueren cada día en el mundo por enfermedades curables como puede ser la malaria. Por lo tanto, desde una perspectiva cuantitativa parece ridículo apoyar esta tesis aunque quizás no tanto desde una posición cualitativa. Y es que, queramos o no, el 11-S provocó un cambio en la política internacional a escala global. Tras el desmantelamiento del imperio soviético, EEUU parecía huérfano de un (históricamente) necesario oponente, que pudiera justificar sus acciones militares pero también económicas, a lo largo y ancho del planeta. Un nuevo enemigo que, tras los indios, los mexicanos, los españoles, los japoneses, los vietnamitas, los soviéticos... y, de una forma más o menos consciente o más o menos voluntaria, se había definido en abstracto como “terrorismo”. Por tanto, tenemos ya a ese *alter*, a la necesitada otredad que ha permitido que desde el mismo mes de septiembre del año 2001, EEUU lleve a cabo una política exterior muy particular en pro de la “lucha contra el terrorismo”. Un enemigo diferente a cualquier otro, transnacional, sin un rostro particular, multicéfalo, con un líder carismático, Osama Ben Laden, del que poco se sabía<sup>8</sup> y cuya supuesta muerte ha dejado más preguntas que certezas. Sin embargo, y a pesar de todas las dudas y preguntas sin respuesta, en estos casi tres lustros desde el 11-S el resto de países occidentales hemos dado por buenas las valoraciones y definiciones estadounidenses sin ni siquiera pararnos a dilucidar las consecuencias reales de sus actos (de las cuales en cierto sentido somos cómplices y, por tanto, responsables<sup>9</sup>) o los posibles intereses que se escondan tras esta “guerra contra el terrorismo”.

### **Un nuevo orden mundial**

Los atentados del 11-S, más allá de teorías conspirativas que cuando menos nos incitan a pensar en la connivencia del gobierno de George W. Bush en los atentados, han supuesto un cambio fundamental en la forma en que representamos el mundo. Ya no hablamos de dos bloques (como lo hacíamos tras la segunda guerra mundial y hasta el desmantelamiento del bloque soviético) como se hacía en Occidente, de los cuales uno representaba el mundo desarrollado e inmune a la violencia en casi todas sus expresiones mientras que el otro era denominado la *wild zone* donde la violencia suponía lo cotidiano, la rutina de cada día para sus sufridos habitantes.

Con el fin de la guerra fría se iniciaba un nuevo orden mundial. Un nuevo orden mundial que suponía la defunción del sistema de bloques y que surgía legitimado por el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas y garantizado por el mandato de Estados Unidos. Un nuevo orden que debería velar por el establecimiento de la paz en cualquier rincón del planeta, bajo la firma del llamado derecho de “injerencia humanitaria”, por el cual justicia social y prosperidad económica vendrían de la mano e irían unidos al respeto y cumplimiento de los derechos humanos en todos los territorios<sup>10</sup>.

Una estructura que delimitaba espacialmente el mundo de la violencia algo que ha sido superado tras el 11-S. Este día Occidente fue consciente de que la violencia a escala internacional no estaba focalizada en un punto en concreto del globo sino que sus redes comenzaban a expandirse. Podríamos decir que la violencia se ha “democratizado” en el sentido de que hoy todos participamos o, mejor dicho, nos vemos “participados” más de ella que hace sólo dos o tres décadas<sup>11</sup>.

De esta forma parece necesario un nuevo pensamiento estratégico. Un pensamiento que ha estado regido por las mismas estructuras utilizadas durante la Guerra Fría y un sistema entre estados. Tras el 11-S este pensamiento estratégico debería ajustarse a los nuevos datos de mundialización o si se prefiere globalización por la que todo el mundo es capaz de comunicarse con todo el mundo tanto en lo positivo como en lo negativo, tanto en lo pacífico como en lo violento. Un nuevo concepto de comunicación que confiere a la violencia una dimensión a un grado nunca antes conocido de inmediatez y extrema movilidad<sup>12</sup>.

Parecía que con la caída del muro de Berlín en 1989 y el final desmantelamiento del bloque soviético en 1991 podíamos hablar de un orden internacional regido por la unipolaridad y superpotencia, con lo que según algunos autores habríamos llegado al “fin de la Historia”<sup>13</sup>. Una idea cuando menos narcisista y ególatra en el sentido de colocar a Occidente en el centro de atención del discurso histórico ya que estos pensadores eran muy conscientes de que los conflictos internacionales seguían aunque alejados en el espacio o desplazados: hablamos de los conflictos de Somalia, Liberia, Irak, etc.

Desde la década de los noventa del siglo pasado, Estados Unidos se auto confirió el papel de país regulador de la justicia y la imparcialidad a escala internacional. Hoy, dos décadas después, podemos decir claramente sin riesgo a equivocarnos que este papel ha sido un fracaso absoluto, un tiempo que se ha caracterizado por un aumento de tensión a escala mundial. La ilusión de este nuevo orden político comenzó a desmoronarse rápidamente al hacerse patentes nuevos conflictos surgidos en todo el planeta por lo que se puso en duda la capacidad de la ONU y de Estados Unidos como garantes de la paz y la prosperidad mundiales. Hablamos de perpetuo conflicto de Oriente Próximo y de una serie de conflictos silenciados en Occidente que no hacen otra cosa sino generar odio y violencia<sup>14</sup>. Podemos hablar de países salidos de la descolonización, muchos de los cuales siguen enfrentados desde entonces a crisis políticas de carácter

endémico. A este respecto podría analizarse el caso de Pakistán, India... donde Occidente debería sentirse responsable de su devenir histórico tras décadas de colonización que han marcado su pasado reciente y que se proyectan en el presente.

Además, tras el 11-S, tenemos que poner en cuestión el origen de la violencia. Antes de esta fecha parecía que casi de forma única podía proceder de la política militar de los Estados mientras que ahora su génesis es mucho más multicausal destacando los prolongados fracasos en integración social de los que cada día somos testigos. Y es en estas sociedades desarraigadas donde se tiene que actuar (otra cuestión es definir el cómo) ya que hoy en día no es factible la soberanía, el aislamiento y el unilateralismo. En este sentido recogemos las palabras del politólogo francés Bertrand Badie: “Cuando Occidente reaccione de igual forma ante el genocidio de 500.000 ruandeses como lo ha hecho ante la trágica suerte de las víctimas de los atentados en Estados Unidos, se habrá dado un gran paso en la regulación de la vida y el orden internacional”<sup>15</sup>.

### **Los cambios en política internacional**

Con el desmantelamiento del bloque soviético, Estados Unidos no se convirtió en la gran potencia mundial que el mismo país creía que iba a conformar, siguiendo su herencia de poder de la mayor parte del siglo XX. Por el contrario aparecieron en el escenario internacional otros intereses estratégicos focalizados en el espacio en la Unión Europea y en el Oriente asiático. De esta forma, estos tres ejes, América del norte, Asia oriental y Europa occidental ha conformado los pilares básicos del nuevo escenario internacional<sup>16</sup>. Estados Unidos ya no es la gran superpotencia mundial sino que es una gran potencia que convive con otros sujetos estratégicos que tienen los mismos objetivos y medios que ellos. El mundo, hoy, es mucho más complejo para que Estados Unidos se crea capaz de manejarlo a su antojo desde Washington. Dicho con otras palabras, “la centralidad estratégica de Estados Unidos en el mundo está dejando de ser un factor de estabilidad global”<sup>17</sup>.

Hoy, tras el 11-S, la comunidad internacional se tiene que ver obligada a rediseñar las instituciones internacionales. Hablamos del Fondo Monetario Internacional, de la Organización Mundial del Comercio, etc., instrumentos creados hace medio siglo para enfrentarse a los problemas del desarrollo y estabilidad mundiales pero que se han vuelto en gran medida factores de inestabilidad global, siendo sus resultados algo más que debatibles.

El 11-S tiene que considerarse un momento histórico en el que finalmente la ciudadanía global se percató de que eran necesarias nuevas formas de cooperación internacional. Otro asunto para debatir sería qué es lo que a día de hoy, en pleno 2015, se ha hecho para modificar esta situación. Europa superó la tragedia de dos guerras mundial con cincuenta millones de muertos promoviendo un proceso de unificación que se encamina a ser la primera democracia postnacional del mundo. Europa fue consciente de que sus ambiciones imperiales y sus nacionalismos en sus diferentes manifestaciones no les llevaban a ningún lado. El 11-S podría haber significado algo parecido a lo que supuso el fin de la Segunda Guerra Mundial pero hoy desgraciadamente no podemos decir lo mismo. Actualmente no se está trabajando por un re-equilibrio de poder y por la búsqueda de una estabilidad económico-financiera que nos pudiera llevar a nuevas metas sociales. El estado global ideal pasaría por la creación de un gran organismo de seguridad mundial que pudiera intervenir donde fuera oportuno. Sin embargo, hoy estamos muy lejos de crear algo así con suficiente eficacia y requerimientos democráticos. Lo ideal pasaría por un gobierno mundial, dentro de este marco histórico que supone la globalización, pero es algo a día de hoy inabarcable. Por ello, ante esta imposibilidad de aspirar a un gobierno global podemos apostar por la regionalización, que supondría un paso intermedio entre los estados nacionales y un futuro gobierno mundial. Un modelo de este gobierno de regionalización sería la Unión Europea.

El siglo XIX estuvo dominado por Inglaterra y el XX por Estados Unidos. Sin embargo en el futuro no parece factible que existan potencias nacionales hegemónicas a escala global. El siglo XXI, haciendo un pequeño ejercicio de prospectiva, estará liderado por América del Norte, Europa occidental y Asia oriental, que se convertirán en los tres grandes polos de poder con capacidad decisiva en el siglo que nos ha tocado vivir. Pase lo que pase en el futuro inmediato parece claro que la interdependencia entre los países irá en aumento por lo que debemos apostar por un diálogo interregional. Tenemos que tener claro que hoy los riesgos en cualquier materia están relacionados por lo que un problema local puede fácilmente convertirse en una crisis internacional.

Es algo que se vio perfectamente tras los atentados del 11 de septiembre de 2001. Unos atentados en puntos concretos de un país irían a desencadenar consecuencias de diferente índole a escala planetaria. El propio Henry Kissinger dijo en aquellos días: “A las 8.41 de la mañana del 11 de septiembre, cuando el primer avión se estrelló contra las Torres Gemelas, se inició una nueva era en las relaciones de EEUU con el mundo”<sup>18</sup>. Catorce años después de los atentados podemos afirmar que la potencia estadounidense presenta alteraciones en sus principales equilibrios estratégicos, acelerados rasgos de cambiante movilidad y una inestabilidad profunda. Esta reorientación estratégica por parte de EEUU no ha hecho sino mostrar de una forma más clara un proceso que ya se estaba gestando a finales del siglo XX: el desplazamiento del centro de gravedad geoestratégico mundial hacia Asia. El propio vicesecretario de defensa norteamericano unos meses

antes del 11-S afirmó que “el centro estratégico militar de EEUU debe trasladarse desde Europa hacia Asia”<sup>19</sup>, quedando Europa relegada a una posición secundaria. Para entender este cambio de posición podemos esgrimir razones de carácter político-militar, destacando la cada vez más importante emergencia de China como gran potencia mundial pero siendo conscientes también del gran potencial de desarrollo global de estados como India y Rusia.

De esta forma se afirma que las guerras de Afganistán e Irak buscaban un triple objetivo. En primer lugar resolver el déficit de presencia militar directa, influencia política y dominio norteamericano en la región de Asia central, un territorio que por otra parte no podemos olvidar el gran valor en recursos naturales que acoge. Por otro lado, se pretendía gozar de la exclusiva hegemonía militar y política en Oriente Medio, la región más inestable y conflictiva del mundo controlando la zona y, por ende, sus recursos petrolíferos. Finalmente, se pretendía buscar una nueva red de bases militares y puntos de apoyo para el desplazamiento de tropas y movilidad aérea en una zona espacialmente cercana a China.

Sin embargo, estas pretensiones no han cuajado de forma plena tal y como el gobierno neoconservador de Bush pretendía. Las dificultades han sido mucho mayores de lo que se preveía en Irak y respecto al territorio afgano el control se ha visto reducido únicamente a las ciudades principales. De esta forma podemos afirmar que el efecto conseguido ha sido el contrario al buscado. Por una parte China ha pasado de ser una gran potencia económica regional a una verdadera potencia global con un papel geoestratégico cada vez más importante y que pone en solfa la hegemonía estadounidense. Observando las relaciones político-económicas entre países vemos cómo la influencia de China cada vez es mayor en los cinco continentes. Hablamos de los países denominados antihegemonistas de Iberoamérica (Venezuela, Cuba, Brasil, Argentina, Bolivia, Ecuador<sup>20</sup>...), de gran parte de los países asiáticos (Irán, Siria, Corea, repúblicas del Asia Central...) o africanos (Sudán, Zimbabwe, Congo...) cuyas relaciones diplomáticas y económicas pasan por aliarse con Pekín, con la pretensión de crear un desarrollo independiente al impuesto hasta hoy por el hegemonismo y las grandes multinacionales de las potencias occidentales.

Igualmente podríamos hablar del nuevo papel jugado por Rusia en este tiempo quien ha sabido aprovecharse de la coyuntura de este inicio del siglo XXI para convertirse nuevamente en un jugador activo en el tablero internacional. Y es que las necesidades de EEUU de aumentar su presencia en Asia determinó el nuevo papel de Rusia de gran potencia mundial, cediéndole un sitio privilegiado en todas las cumbres mundiales importantes. Esta renovación de su papel internacional junto a la recomposición de la antigua nomenclatura soviética en torno al liderazgo de Putin y la reactivación económica sobre todo a partir de la subida de precio del petróleo tras la guerra de Irak ha propiciado la creación de una nueva situación por la que Moscú se siente con suficientes fuerzas como para desplegar una política internacional activa y no tutelada o dependiente de Washington. Rusia además está creando una red de relaciones interestatales tanto en la Rusia Europea (Ucrania, Bielorrusia, Armenia, Azerbaiyán...) como en el Asia Central (Kazajistán, Uzbekistán...) que impiden la presencia política y militar norteamericana en dichas regiones de la manera y escala deseada por el país americano.

### **Afganistán e Irak**

Con los atentados del 11-S nombres como Afganistán pasaron a ser parte de las conversaciones normales del ciudadano medio estadounidense. La campaña mediático-publicitaria se había puesto en marcha y el ataque inminente a Afganistán por dar refugio a los terroristas de Al Qaeda era inminente. De esta forma Estados Unidos puso en marcha su maquinaria diplomática y militar para responder en “legítima defensa” a los ejecutores del atentado terrorista, a sus secuaces y a aquellos que los cobijaban y amparaban. En palabras del propio Bush sólo cuatro días después de los atentados “los que hacen la guerra a Estados Unidos han elegido su propia destrucción”<sup>21</sup>. A través de la Resolución 1.333 de 10 de diciembre de 2000, se pretendió aislar internacionalmente al régimen islamista de Afganistán, intentando comprometer lo menos posible la ayuda humanitaria destinada a la población civil. El mismo 11 de septiembre de 2001, el Consejo de Seguridad de la ONU aprobó la Resolución 1.368<sup>22</sup> y el 29 del mismo mes la Resolución 1.373<sup>23</sup> condenando expresamente el terrorismo en todas sus variantes exigiendo lo mismo a todos los estados miembros de Naciones Unidas. De la misma forma se justificó el uso de la fuerza en legítima defensa, en este caso por parte de los Estados Unidos, tal como se apuntó en la Resolución 1386 de 20 de diciembre de 2001 al autorizar la formación de una Fuerza Internacional para la Asistencia y la Seguridad (ISAF)<sup>24</sup> de apoyo a las autoridades provisionales afganas que debería asegurar la reconstrucción del país.

Igualmente, el Consejo de Seguridad de Naciones Unidas por la Resolución 1.378 condenó de forma rotunda al régimen talibán por su presunta colaboración con el terrorismo de Al Qaeda. De esta forma y a diferencia de lo que pasaría dos años después con el conflicto de Irak, la comunidad internacional no dudó en apoyar a Estados Unidos en su primera batalla de lo que se ha venido a llamar la “guerra contra el terror”. Recibió el apoyo de Reino Unido, Canadá, Australia, Francia, Alemania, Italia, España, Bélgica... Además de estos países y de la OTAN en su conjunto, Estados Unidos también contó con el apoyo de Rusia, China, Corea del Sur, Japón, Pakistán, Jordania, Egipto, etc. De esta forma, el 7 de octubre de 2001, comenzaba la operación militar “Libertad Duradera” dirigida por Estados Unidos y sus aliados bélicos contra el terrorismo

islamista protegido por los talibán en territorio afgano. La primera semana de diciembre, tras dos meses de dura campaña, entraban finalmente en Kandahar, la última plaza fuerte y cuartel general de los talibán en Afganistán. Se ganaba la primera batalla de la guerra contra el terror, aunque no parecen claros los resultados positivos conseguidos (ni siquiera una disminución a escala global de los actos terroristas fundamentalistas).

Y tras el negocio de la guerra llega el negocio de la reconstrucción cuya logística se organizó en la conferencia de Tokio del 21 al 22 de enero de 2002 organizada por Japón, Estados Unidos, la Unión Europea y Arabia Saudí con la participación de más de sesenta estados y organizaciones internacionales, acordando finalmente conceder al nuevo gobierno afgano una ayuda de mil seiscientos millones de euros supeditada al buen uso de los fondos, al fin del contrabando y el tráfico de drogas y a la promoción de la igualdad social de la mujer en el país<sup>25</sup>.

La invasión de Afganistán no fue puesta en entredicho por nadie, ni por derechas ni por izquierdas, quizás aún sumidos (recordemos que no había pasado ni un mes del 11-S) en lo espectacular de las imágenes grabadas en nuestras retinas. En palabras del nada sospechoso Ugo Pipitone: “No creo que hubiera alternativas. La guerra no le gusta a nadie, excluyendo a los locos y a los fabricantes de armas. Pero se trataba de detener una mano terrorista que amenazaba con multiplicar episodios de terrorismo global. [...] Era necesario acabar con las bases del terrorismo, o sea, derrotar al régimen afgano que funcionaba como su santuario”<sup>26</sup>.

La segunda batalla contra la guerra contra el terrorismo nos lleva a Irak. En estos términos se exponía la necesidad de invadir Irak: “Lo más probable es que ocurra lo contrario: la guerra en Irak logrará reducir el terrorismo. (...) Personalmente creo que la ira musulmana probablemente va a disminuir después de una victoria aliada en Irak”, sentencia pronunciada por Daniel Pipes, autoproclamado experto en temas musulmanes<sup>27</sup>. Hemos elegido este texto de este ideólogo pero se podría haber elegido cualquier otro de cualquiera de los cientos de ideólogos estadounidenses que parecen vivir en un mundo paralelo e irreal. Es cierto que Estados Unidos ganó las batallas, ganó las guerras pero de forma alguna derrotó al terrorismo. Y es que Al Qaeda y en los últimos tiempos el Estado Islámico siguen con sus acciones si cabe con más fuerza y con mayor legitimidad que antes del 11-S y con un una mayor porcentaje de reclutamiento. Hoy parece claro que hubo una confusión de objetivos y que se destinaron demasiados recursos para una lucha contra el terrorismo que no han dado los resultados esperados. Hablamos de una visión estratégica equivocada y preconcebida y que nos recuerda a los errores cometidos en Vietnam. De hecho recordemos que cada vez que ha sido detenido algún miembro de Al Qaeda se ha realizado a través de los medios policiales clásicos, esto es, seguimiento de pistas o infiltraciones. Los que fueron objeto de ataques militares o bien resultaron muertos con lo cual se pierde la posibilidad de recabar datos o escaparon con vida como pueden ser el caso de el mulah Omar<sup>28</sup>.

Hoy la mayor parte del pueblo iraquí cree reconocer en Estados Unidos un único deseo de control estratégico del país y de su petróleo, negocio del que todavía no han conseguido sacar rendimiento económico habida cuenta del gran coste de la guerra y “posguerra” iraquí. ¿Cuáles fueron las verdaderas motivaciones de la invasión a Irak? El debate es largo y continuará pero nos podemos quedar con la visión de Tzvetan Todorov quien esgrime razones políticas (generación de comportamientos que permiten la reelección), estratégicas (situación estratégica fundamental de Irak en Oriente Medio), económicas (petróleo, negocio de la reconstrucción, armas), sin olvidarnos de la pretensión de hacer ver y demostrar la utilidad del ejército<sup>29</sup>. Todo ello bajo el escudo de la guerra preventiva y de la necesidad moral de derrocar dictaduras y establecer democracias en todo el globo.

## **Europa en el siglo XXI**

Contra los catastrofistas (recordemos las palabras de Aznar: “Una Europa que no crece, que no quiere tener hijos y que no está dispuesta a defender sus valores, ¿dónde va?”<sup>30</sup>), parece más razonable ver en esta nueva coyuntura una posibilidad de cambio y desarrollo de Europa tanto política como socialmente hablando. ¿Es Europa una isla en este convulso siglo XXI? ¿Cuál debe ser el papel jugado por Europa en este nuevo siglo? Antes que nada tenemos que tener claro que hoy en día ningún país europeo dispone de una fuerza suficiente por sí solo en materia de defensa para asegurarse su viabilidad ante el ataque de una gran potencia y mucho menos para influir en el curso del mundo, como bien se vio en la oposición franco alemana a la invasión de Irak. Se ha afirmado que los recursos militares no están a la altura de sus ambiciones políticas, teniendo ejércitos bajo control nacional pero no uno de composición interestatal. No existe un ejército común y ni siquiera existe una política de defensa común. Y todo ello a pesar de la creación de la Unión Europea, una confederación de estados del que no se conocía ningún ejemplo anterior y que algunos la han definido como la “potencia tranquila”<sup>31</sup>, un “país” que tiene que defender el territorio europeo contra cualquier agresión, impedir cualquier enfrentamiento armado dentro del propio territorio europeo, contener cualquier ataque procedente de otra gran potencia, intervenir en el resto del mundo con una fuerza militar rápida, acudir en auxilio de un país socio de la Unión y no ambicionar el control del mundo entero limitándose a convertirse en una potencia regional pero no mundial, al modo de las actuales China o Rusia y en modo alguno a Estados Unidos. La Unión Europea no tiene que tener como objetivo igualar a la hiperpotencia norteamericana por lo

que su presupuesto militar no tendrá que ser semejante, todo ello entendiendo que ambas potencias sean afines y mantengan relaciones de cordialidad.

De hecho parece que hoy Europa ha renunciado a tener un carácter imperial ya que conoce el alto precio que debe pagarse por este fin. Europa en el siglo XXI debe centrarse en ser capaz de crear una verdadera identidad europea, un proceso que actualmente parece lento, demasiado lento. En este sentido y como meros ejemplos ayudaría mucho que más allá de elegir a los parlamentarios que nos representan pudiéramos elegir directamente al presidente de Europa o que el día de Europa que se celebra el 9 de mayo fuera un verdadero día de fiesta y celebración en el viejo continente.

Es previsible que Europa vaya a jugar un papel fundamental en este nuevo siglo si bien no debe olvidar jamás los valores que encierra su concepto interestatal como son la racionalidad, la justicia, la defensa de la democracia, la libertad individual, el laicismo (lo que obliga a no imponer valores religiosos) y la tolerancia en el sentido que lo plantea Habermas: “El reconocimiento de las diferencias –el reconocimiento mutuo del otro en su alteridad– puede convertirse también en la marca de una identidad común”<sup>32</sup>.

### **Miedo y fronteras**

Siendo un poco coherente y utilizando la razón seremos capaces de concluir que la amenaza del terrorismo está amplificada. En este sentido hay quien piensa y con bastante razón que “es más fácil interpretar la respuesta mayoritaria del mundo al terrorismo a partir del 11 de septiembre como una seguridad teatral frente a unas amenazas peliculeras: seguridad teatral porque, en lugar de ponernos realmente a salvo, está pensada para que la gente se sienta mejor y vote de una forma determinada, y amenazas peliculeras porque la respuesta global está centrada en situaciones específicas y no en los variados riesgos que nos acechan”<sup>33</sup>. En este sentido podemos dar algunas cifras. En EEUU cada año mueren 42.000 personas en accidentes de tráfico y ninguna en ataques terroristas (salvando el año 2001). El cáncer, las enfermedades del corazón y los accidentes matan mucho más que el terrorismo. Y no sólo en EEUU sino en todos los países occidentales. Y sin embargo, el terrorismo es el tema recurrente en nuestra nueva rutina post 11-S. Nuestros cerebros hoy parecen más preparados para temer lo inusual y espectacular que lo común y lo banal. En este sentido podemos afirmar que todas las medidas antiterroristas que vemos pertenecen a la seguridad teatral (control de líquidos en aeropuertos, vigilancia de presas, registros de bolsas en trenes...), dirigidas a las amenazas particulares que nos hacen sentir más a salvo. Esto, traducido en términos políticos, significa que lo que permite ser reelegido es promulgar medidas de seguridad visibles para que nos sintamos más a salvo (más allá de que estas sean razonables o no).

Para combatir el terrorismo con eficacia tenemos que movilizarnos pero elegir una amenaza peliculera de la que defenderse no es propio de un estado serio ya que las opciones a elegir por el terrorista son múltiples. En este sentido, parece mucho más eficaz financiar los servicios de investigación y de información ya que recordemos las tramas normalmente son descubiertas antes de ejecutarse y no en el momento de la acción. El beneficio de investigación e información y capacidad de respuesta es considerable ya que son los caminos más eficaces al margen de las tácticas u objetivos de los terroristas. Además, son inteligentes ya que disponemos de grandes aptitudes analíticas, cognitivas y electrónicas que pueden mancomunarse para afrontar el problema.

No olvidemos que el terrorismo, aunque parezca una obviedad, necesita de la creación del terror en la ciudadanía a quien va dirigido. En este sentido podemos afirmar que el terrorismo es un crimen contra la mente, cuya arma ejecutora es la violencia indiscriminada. Nuestro papel es sencillo y se centra en nuestra negativa a dejarnos aterrorizar. Viviendo con miedo magnificamos significativamente el efecto del terrorismo, dando mayor relevancia a un grupo, a un acto... del que realmente deberían tener. En el mismo sentido, podemos hablar de la cobertura informativa que se hace de estos hechos que debe ser reducida a la mínima expresión utilizando como filtro únicamente el mero margen informativo y desechando los planos especulativos y/o morbosos. Negándonos a dejarnos aterrorizar, sin dar más cobertura de la necesaria, negamos el éxito del terrorista, aunque sus planes sean llevados a cabo. En este sentido, podemos afirmar que la cobertura informativa de los atentados de Londres del 7-J fue ejemplar frente a la cobertura que desde España se hizo a los atentados del 11-M.

Tenemos que ser capaces de reflexionar sobre el terrorismo y sus consecuencias desde un punto de vista pausado y racional. El terrorismo puede ser adjetivado como un proceso singular, no cotidiano, por lo que su repercusión en nuestra vida diaria tendría que verse reducida a la mínima expresión. De este modo, cuanto más reconozcamos la singularidad del terrorismo menos necesitaremos la parafernalia visible de la seguridad teatral; cuanto más nos abracemos a la libertad menos efectivo será el terrorismo tanto en la práctica como en su imaginario.

Y precisamente de la mano del miedo aparece recurrentemente el tema de las fronteras, que no dejan de ser otra cosa que el medio por el que se “designa el lugar del otro”<sup>34</sup>, para designar diferencias. Una importancia creciente el de las fronteras ya que, pese a lo que podamos imaginar, desde 1989 y a pesar del fenómeno globalizador se han creado 14.000 kilómetros de fronteras nuevas en el mundo mientras que sólo ha desaparecido una, en Berlín. Actualmente hablamos de 230.000 kilómetros de fronteras políticas terrestres,

datos que muestran lo lejos que hoy estamos de ese gobierno global o mundial que abogue por una supresión de las fronteras como exponen los utopistas humanitarios<sup>35</sup>. Ni siquiera en Europa o más concretamente en la Unión Europea se ha generado un debate serio sobre la supresión de fronteras interestatales por lo que podemos calificar este fenómeno como una simple utopía aunque para otros autores más positivistas debe conformar un derecho a conquistar en nuestro siglo XXI<sup>36</sup>. Y es que el concepto de frontera siempre ha estado unido al concepto de seguridad pero mucho más a partir de los atentados del 11-S como elemento que proporciona seguridad e identidad y no sólo entre estados sino dentro de los mismos e incluso dentro de las mismas ciudades creándose verdaderos guetos que no hacen sino ahondar la fractura social de su ciudadanía. De ese modo, estas fronteras (que no sólo son físicas sino también invisibles, culturales, psicológicas...) marcan un adentro y un afuera, un nosotros y un los otros<sup>37</sup>, que limita los tiempos y los espacios. Y es que parece que hemos llegado a un punto de imposición de exclusiones en el que como dice Zygmunt Bauman “primero se trazan las fronteras y después se buscan las justificaciones”<sup>38</sup>.

---

<sup>1</sup> ACNUR, *Tendencias globales 2014*. Disponible en línea en: <http://www.unhcr.org>

<sup>2</sup> Hobsbawm, Eric, *Guerra y paz en el siglo XXI*, Barcelona, Crítica, 2007, p. 53.

<sup>3</sup> *Ibidem*.

<sup>4</sup> *Ibidem*, p. 55.

<sup>5</sup> Nora, Pierre, “Le retour de l'événement”, en LE GOFF, J. y NORA, P. (dirs.), *Faire de l'Histoire. Nouveaux problèmes*, Gallimard, 1974, pp. 210 y ss.

<sup>6</sup> Sobre el 11-S se recomienda la lectura de dos volúmenes de contenido enfrentado. Por un lado, la versión oficial que podemos encontrar en VV.AA., *The 9/11 Commission Report: The Full Final Report of the National Commission on Terrorist Attacks Upon the United States*, Norton, 2004. Igualmente interesante es contrastar esta versión con el contenido del siguiente volumen: GRIFFIN, D. R., *Debunking 9/11 Debunking: An Answer to Popular Mechanics and Other Defenders of the Official Conspiracy Theory*, Arris Books, 2007.

<sup>7</sup> Sobre la prospectiva y el diálogo entre los tiempos se recomienda encarecidamente la lectura de: KOSELLECK, R., *Los estratos del tiempo. Estudios sobre la Historia*, Paidós, 2001.

<sup>8</sup> Acerca de las semejanzas y diferencias a la hora de crear personajes entre el mundo artístico y el mundo real, véase el siguiente ensayo: PINTER, H., “Art, Truth and Politics” en VV.AA., *Not one more death*, Verso Books, 2006.

<sup>9</sup> Responsables especialmente tras la denominada “Foto de las Azores” de marzo de 2003 en la que aparecían representados George W. Bush, Tony Blair, José María Aznar y el anfitrión José Manuel Durao Barroso y con la que se daba inicio a la hoy, cinco años después, inacabada guerra de Irak.

<sup>10</sup> Sobre la conceptualización de la “injerencia humanitaria” véase: Cattori, Silvia, “La ‘responsabilidad de proteger’: ¿fachada legal para la injerencia?”, disponible en línea en: <http://www.voltairenet.org/article162808.html> [con acceso el 2 de febrero de 2010].

<sup>11</sup> VV.AA., *Atlas del Estado del Mundo 2002*, Madrid, Akal, 2002, p. 30.

<sup>12</sup> *Ibidem*

<sup>13</sup> Fukuyama, Francis, *El fin de la Historia y el último hombre*, Barcelona, Planeta, 2005.

<sup>14</sup> Taibo, Carlos, “Nuestros gobernantes no se enteran”, disponible en línea en: <http://www.carlostaiabo.com/articulos/texto/?id=27> [con acceso el 12 de julio de 2010].

<sup>15</sup> VV.AA., *Atlas del Estado del Mundo 2002*, Madrid, Akal, 2002, pp. 31-32.

<sup>16</sup> Attili, Antonella, “Izquierda y política en el horizonte internacional. Entrevista a Ugo Pipitone”, *Revista Internacional de Filosofía Política*, n° 20 (2002), p. 144.

<sup>17</sup> *Ibidem*, p. 149.

<sup>18</sup> [http://www.uce.es/DEVERDAD/ARCHIVO\\_2001/21\\_01/DV21\\_01\\_12trasel11\\_S](http://www.uce.es/DEVERDAD/ARCHIVO_2001/21_01/DV21_01_12trasel11_S).

<sup>19</sup> [http://www.uce.es/DEVERDAD/ARCHIVO\\_2002/08\\_02/DV08\\_02\\_16nuevoorden.html](http://www.uce.es/DEVERDAD/ARCHIVO_2002/08_02/DV08_02_16nuevoorden.html)

<sup>20</sup> *Público*, 19/04/2009, p. 7.

<sup>21</sup> Almela, Ramón, “11 de septiembre”, disponible en línea en: <http://www.criticarte.com/Page/file/art2001/11Septiembre.html>

<sup>22</sup> Disponible en línea en:

<http://www.unhcr.ch/Huridocda/Huridoca.nsf/0/a7f346876238b40ac1256e3f00530e33?Opendocument>

<sup>23</sup> Disponible en línea en: <http://www.un.org/spanish/docs/comites/1373/scres1373e.htm>

<sup>24</sup> Véase su web oficial: <http://www.isaf.nato.int>

<sup>25</sup> <http://www.un.org/spanish/Depts/dpko/yir/page2.html>

<sup>26</sup> Attili, Antonella, “Izquierda y política en el horizonte internacional... *op. Cit.*, p. 150.

<sup>27</sup> Más información sobre este ideólogo que en 1990 se inquietaba por “la inmigración masiva de personas de piel oscura, que cocina alimentos raros y tiene otras normas higiénicas” en su página web <http://www.danielpipes.org/>. También disponible en español: <http://es.danielpipes.org>

<sup>28</sup> “Bin Laden and Mullah Omar ‘still alive’”, disponible en línea en: <http://www.guardian.co.uk/world/2003/aug/18/alqaida.terrorism>

<sup>29</sup> Todorov, Tzvetan, *El nuevo desorden mundial*, Barcelona, Quinteto, 2008, pp. 24-27.

<sup>30</sup> *El País*, 18/02/2007, p. 26.

<sup>31</sup> Todorov, Tzvetan, *El nuevo desorden mundial... op. cit.*, p. 104.



---

<sup>32</sup> Jürgen Habermas en *Libération* 31/5/2003 y 1/6/2003.

<sup>33</sup> <http://www.colors magazine.com/cease-fear/>

<sup>34</sup> Foucher, Michel, en VV.AA., *Fronteres*, Barcelona, CCCB, 2007, p. 178.

<sup>35</sup> *Ibidem*.

<sup>36</sup> Wihtol, Catherine, en VV.AA., *Fronteres*, Barcelona, CCCB, 2007, p. 182.

<sup>37</sup> Ramoneda, Josep, en VV.AA., *Fronteres*, Barcelona, CCCB, 2007, p. 177.

<sup>38</sup> Bauman, Zygmunt, en VV.AA., *Fronteres*, Barcelona, CCCB, 2007, p. 195.